



## Fiesta de la Virgen Vega - 2008

### Natividad de la Virgen María

Celebramos hoy en la Iglesia universal el nacimiento de nuestra madre espiritual, la santísima Virgen María. En nuestra ciudad, esta fiesta litúrgica se concreta como fiesta de la Patrona, con la advocación de la Santísima Virgen de la Vega. Lo que celebramos no es el día concreto del aniversario, sino la memoria simbólica del nacimiento de la Virgen María, y de la actualización del significado salvador del hecho histórico de su nacimiento, dentro del plan trazado por Dios para llamar a participar de su amor a todos los hombres, a los que había predestinado y escogido, y a los que va justificando y santificando para ser imagen de su Hijo Jesucristo, el primogénito de muchos hermanos, como hemos escuchado en la primera lectura de hoy.

La historia concreta de una mujer, la Virgen María, ha adquirido significado salvador para toda la humanidad, en cumplimiento de la promesa hecha por Dios en el origen a los primeros hombres después de haber pecado, seducidos por la serpiente: *“Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te herirá en la cabeza, pero tú sólo herirás su talón.”* (Gen 3, 15). La historia concreta de María tiene relevancia sólo a través de su linaje, en la historia de su hijo *“Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán”* (Mt 1,1).

El Evangelio de Mateo y el de Lucas refieren la genealogía de Jesús por la línea de José, de quien la gente le consideraba hijo. María es integrada por Mateo en la genealogía de José para indicar claramente cuál es la verdadera filiación de Jesús, como punto de contraste entre la legalidad externa y la auténtica realidad del origen de Jesús.

María existió totalmente en función de su Hijo, heredero de la bendición de Abrahán y del reino de David, hombre verdadero en medio de la historia de la humanidad, pero a la vez misterio de presencia humana de Dios, como obra y criatura del Espíritu Santo, es decir, concebido y dado a luz por María como su propio hijo, y teniendo por nombre JESÚS. Este nombre expresa su verdadera identidad personal como el que *“salvará a su pueblo de sus pecados”* y lleva cumplida en sí mismo la promesa del Mesías Emmanuel, *“Dios con nosotros”* (Mt 1,23) en unión definitiva y perfecta.

A diferencia de Mateo, el Evangelio de Lucas no sitúa la genealogía de Jesús al comienzo del Evangelio, sino en relación con la narración del bautismo de Jesús. En ese momento la manifestación visible del Espíritu Santo y la voz del Padre revelaron la verdadera identidad de Jesús: *“Tú eres mi Hijo el amado, en ti me complazco”*. (Lc 3,22). *“En su genealogía, Lucas... retrocede desde Jesús hasta la historia pasada. No se da un relieve particular a Abrahán y David; la genealogía retrocede hasta Adán, incluso hasta la creación,, pues después del nombre de Adán Lucas añade: de Dios. De*



*este modo se resalta la misión universal de Jesús: es el hijo de Adán, hijo del hombre. Por su ser hombre, todos le pertenecemos, y Él a nosotros; en Él la humanidad tiene un nuevo inicio y llega también a su cumplimiento.” (Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, pag. 32).*

El hombre que tiene en Dios el primer eslabón de su genealogía, encuentra su plenitud en Jesús: Dios con nosotros. Él nos ofrece el perdón de los pecados y la recuperación de la imagen de Dios perdida. Como confiesa la carta a los Colosenses, *“Cristo es la imagen de Dios invisible, el primogénito de toda criatura. En él fueron creadas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra... todo lo ha creado Dios por él y para él...Él es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia. El es el principio de todo, el primogénito de los que triunfan sobre la muerte...Dios tuvo a bien hacer habitar en él la plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas... trayendo la paz por medio de su sangre derramada en la cruz.” (Col 1, 15-20).*

Por tanto, proclama Pablo en la carta a Los Romanos, *“Ya no pesa condenación alguna sobre los que viven en Cristo Jesús” (Ro 8,1),* liberados del pecado y de la muerte. Viviendo según el Espíritu y no según nuestros apetitos desordenados, podemos cumplir como Jesús la ley de Dios en plenitud. Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios, viven en la libertad de los hijos, tienen derecho de clamar a Dios llamándole Padre y de ser coherederos con Cristo, pues *“si ahora padecemos con él, seremos también glorificados con él .“ (Ro 8, 17).* Como parte de la entera creación, que espera su liberación gimiendo con dolores de parto, también nosotros, los que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior suspirando para que Dios nos haga sus hijos y libere nuestro cuerpo, porque estamos salvados, pero sólo en esperanza. Y, mientras tanto, el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, para enseñarnos a orar como conviene, comprendiendo que los padecimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria que un día se nos revelará.

En este contexto y horizonte espiritual se encuentra y ha de ser comprendida la afirmación de la carta a los romanos hoy proclamada: *“Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien” (Ro 8, 28),* es decir, para la salvación, para la vida, para la glorificación. Con la expresión **“aman a Dios”** se refiere Pablo a *“la fe que actúa por medio del amor” (Gal 5, 2).* Y este amor es el fruto en nosotros del *“amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Ro 5,5),* y constituye en nosotros el fundamento de una esperanza que nunca se verá defraudada, pues nada ni nadie será capaz de separarnos del amor de Dios, manifestado a nosotros por el Padre en su Hijo Jesús. (Ro 8, 31-39).

La fiesta de la Natividad de María nos invita a aceptar el don de la nueva vida que su Hijo nos ofrece. ¿Cómo llegaremos a comprender la necesidad de esta nueva vida, a anhelarla y buscarla decididamente? ¿Cómo puede hacerse realidad este modelo ideal de vida cristiana en medio de nuestros quehaceres diarios, condicionados por una dominante cultura de la increencia?



Carlos López Hernández

No es posible ahora describir todo el proceso de la búsqueda de Dios y del encuentro con Jesucristo. Es obligado sin embargo reafirmar que la vida cristiana tiene en la Palabra de Jesús, en su Evangelio, su luz de verdad y su camino de vida. Por el contrario, ignorar el Evangelio es desconocer a Jesucristo.

Nuestra misión en el mundo, en el cual debemos estar sin ser del mundo, es ser testigos de la luz y del Evangelio de Jesús. Nuestros criterios de juicio, nuestras convicciones y estilo de vida no podemos tomarlos de la abrumadora propaganda de la sociedad de la información y del consumo, que ha perdido la referencia a Dios y a la verdad del hombre y nos invita a veces a valorar como progreso y defensa de supuestos derechos normativas contrarias al derecho fundamental de todo hombre a la vida. Por ello, vemos la urgencia de tomar nuestros criterios de la razón iluminada por el Evangelio rectamente comprendido, gozosamente interiorizado y valerosamente asumido como camino de vida y guía de nuestra presencia y acción testimonial en medio del mundo.

Mantener nuestra identidad cristiana y ofrecerla como luz para el mundo no es posible sin el compromiso de un mayor conocimiento de la Palabra de Dios. La Asamblea General del Sínodo de los Obispos, que se va a celebrar en el próximo mes de octubre, ayudar a los cristianos a redescubrir la necesidad de escuchar la Palabra de Dios, que es viva, cortante y eficaz, en el corazón mismo de la Iglesia, en su liturgia y en la oración, en la evangelización y en la catequesis, en la exégesis y en la teología, en la vida personal y comunitaria, como también en las culturas de los hombres, purificadas y enriquecidas por el Evangelio.

Dejándose despertar por la Palabra de Dios, los cristianos serán capaces de responder a quien les pida razón de su esperanza (cf 1 Pe 3,15), amando al prójimo no “*de palabras ni de boca, sino con obras y según verdad*” 1 Jn 3,18). Así, cumpliendo la Palabra con buenas obras, brillará delante de los hombres su luz, reflejo de la gloria de Dios, y alabarán todos al Padre que está en los cielos (cf Mt 5,16). La Palabra de Dios cualificará también la presencia de la Iglesia en la sociedad como levadura de un mundo más justo y pacífico, abierto a la civilización del amor.

Más en concreto, el Sínodo nos ayudará a comprender mejor la relación entre la Eucaristía y la Palabra de Dios, teniendo en cuenta que la Iglesia debe nutrirse del único Pan de vida, que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo. La Palabra de Dios tiene su centro en la persona de Cristo Señor, en quien la Palabra de Dios se hizo carne (cf Jn 1,14) En consecuencia, **el Sínodo pretende ayudar a los fieles a encontrar plenamente la Palabra de Dios en Jesucristo, presente en la Escritura y en la Eucaristía.**

La Palabra de Dios manifiesta la revelación directa y gratuita que Dios hace de sí mismo y de su voluntad de establecer con el hombre una relación interpersonal de verdad y de amor. La Palabra de Dios debe ser comprendida como un acto personal de Dios que ama y, por ello, habla al hombre para que reconozca su amor y le corresponda.



Carlos López Hernández

De esta manera la Palabra de Dios revela al mismo tiempo la verdad de Dios y la verdad del hombre. Esta verdad alcanza su plenitud en Jesucristo.

En la vida del pueblo de Dios se advierte una aguda aspiración y necesidad de gustar una fe pura y bella, removiéndolo el velo de la ignorancia, de la confusión y de la desconfianza respecto de Dios y del hombre. Pero en algunas culturas, el hombre contemporáneo se siente artífice y dueño de su historia y encuentra dificultad para aceptar que alguien se introduzca en su mundo sin dialogar con él ni darle razón de su presencia. **A este hombre Dios le asegura que su Palabra es siempre una Palabra de amigo, a su favor, en el respeto de su libertad, pero pidiéndole al mismo tiempo una escucha confiada.** Por ello, la Palabra de Dios debe ser presentada a cada hombre como una abertura a sus problemas, una contestación a sus preguntas, una ampliación de sus valores, al mismo tiempo que la respuesta ofrecida a sus aspiraciones más profundas.

María es modelo de recepción de la Palabra de Dios, es el modelo viviente de cada encuentro personal y comunitario con la Palabra de la Escritura, que ella acoge en la fe, medita, interioriza y vive (cf Lc 1,38; 2,19.51; Hch 17, 11), poniéndola en relación con las palabras y con los acontecimientos de la vida de Jesús

Que la Santísima Virgen de la Vega nos acompañe maternalmente y nos enseñe a guardar en nuestro corazón la enseñanza de Jesús, a meditarla y hacer lo que Él nos diga.

Catedral nueva, 8 septiembre de 2008